



MUJER, HOGAR Y NACIÓN: EL ARQUETIPO DE FEMINIDAD ESTADOUNIDENSE COMO HERRAMIENTA DE PROPAGANDA EN LOS ALBORES DE LA GUERRA FRÍA

Women, Home and Nation: the American Archetype of Feminity as a tool of Propaganda at the Dawn of the Cold War

SARA MORO CARRERA

Departamento de Historia Moderna
y Contemporánea, Universidad de Cantabria
saramorocarrera@gmail.com

Fecha de recepción: 3 de marzo de 2025

Fecha de aceptación: 15 de septiembre de 2025

RESUMEN

Tras la Segunda Guerra Mundial, se difundió entre la sociedad estadounidense un modelo de familia basado en el retorno a las expectativas de género tradicionales, reformuladas para adaptarse a la emergente sociedad de consumo. Durante la Guerra Fría, se promovió un arquetipo familiar identificado con la población blanca de clase media asentada en los barrios residenciales, con unos roles de género estrictamente delimitados, haciendo de ella el símbolo del "modo de vida americano" y utilizado como herramienta de "soft power" por la diplomacia estadounidense.

117

Este artículo analiza la construcción y consecuencias de este modelo de familia, poniendo el foco sobre el rol del ama de casa, o la "housewife" tradicional. Para ello, se han consultado la prensa y las revistas femeninas más influyentes en la época, así como fuentes gubernamentales y estudios sobre la vida familiar durante aquel período. Los datos obtenidos dan cuenta del papel que jugó este ideal familiar como instrumento estratégico en la Guerra Fría y los efectos que tuvo este modelo tan demandante sobre las mujeres estadounidenses.

Palabras clave

Ama de casa, roles de género, familia, mística de la feminidad, Guerra Fría

ABSTRACT

After the Second World War, a new family model, based on a return to traditional gender expecta-

tions, was reshaped to fit the emerging consumer society and became widespread in the American society. During the Cold War, the archetype of the white, middle-class suburban family, with strictly defined gender roles, was promoted as a symbol of the "American way of life" and used as a tool of "soft power" by US diplomacy.

This article analyses the construction and consequences of this family model, focusing on the role of the traditional housewife. To this end, I have consulted the most influential women's magazines and newspapers of the time, as well as government sources and studies on family life during that period. The findings reveal how this family ideal functioned as a strategic instrument during the Cold War and the impact this demanding model had on American women.

Keywords

Housewife, Gender Roles, Family, Feminine Mystique, Cold War.

SUMARIO

Introducción / La familia nuclear en la era nuclear / Los nuevos barrios residenciales y la difusión del "American Way of Life" / El modelo de feminidad ideal: la "housewife" / Un modelo de normatividad, pero no la norma / Complejidades y disidencias de los roles de género / Bibliografía

INTRODUCCIÓN

«Hasta que cumplí veintiocho años tuve la sensación de que una parte de mí estaba enterrada y no podía hacer otra cosa que no fuera preparar bichamel y poner pañales. No sabía que tenía una profunda creatividad. Era una víctima del Sueño Americano, el sueño de la burguesía, de la clase media. Sólo quería una pequeña porción de la vida, casarme, tener hijos. Creía que las pesadillas, las visiones y los demonios se irían si existía el suficiente amor como para derrotarlos. Estuve intentando endemoniadamente llevar una vida convencional, aquella para la que me habían educado, y eso era lo que mi marido quería. Pero no se puede levantar pequeñas cercas blancas para mantener a las pesadillas fuera. La superficie se agrietó cuando tenía veintiocho años. Tuve un ataque psicótico y traté de suicidarme.» (Sexton y Ames, 1977: 339. Traducción propia.)

Corría el año 1963 cuando se publicó en Estados Unidos *La mística de la feminidad* (Friedan, 1963), una obra que se convertiría rápidamente en un éxito en ventas y que marcaría un importante hito en la historia del movimiento feminista. Betty Friedan, presentándose como una periodista, psicóloga y ama de casa descontenta, plasmó en este libro un análisis de las conductas de género que imperaban en la sociedad estadounidense de posguerra. Para ello,

utilizó como fuente una serie de test psicológicos realizados a mujeres y consultó las revistas femeninas más populares de su época. Como resultado, puso el foco sobre un problema que llevaba ya varios años apareciendo con frecuencia en los medios de comunicación de masas, bajo el concepto del "ama de casa atrapada": la existencia de un mal sin nombre que compartían miles de mujeres que llenaban las consultas de terapeutas a lo largo y ancho del país. Se trataba de una sensación de vacío generalizada, una presión constante por satisfacer a los demás y cumplir con las expectativas de género, por ser buenas madres y esposas, por encargarse de las tareas domésticas y mantenerse siempre jóvenes y hermosas. Muchas mujeres recurrían a fármacos para conciliar el sueño y los problemas de alcoholismo se acrecentaron entre este sector demográfico. Los datos daban cuenta de una llamativa paradoja: un grupo de población que los medios de comunicación presentaban como aspiracional, realmente se sentía terriblemente infeliz¹.

Si bien es cierto que Anne Sexton fue una poeta con una vida especialmente convulsa, resulta innegable que la depresión, la ansiedad, los trastornos del sueño e incluso pensamientos suicidas que describía en el fragmento que da comienzo a este artículo eran síntomas que describían frecuentemente aquellas mujeres que, aparentemente, tenían todo lo necesario para alcanzar la felicidad que se les había prometido desde niñas. Expertos, periodistas y ciudadanos comunes se preguntaban en las páginas de periódicos y revistas cuál sería el origen de esta situación. ¿Habían fracasado ellas en sus esfuerzos por alcanzar su destino natural como mujeres? ¿Disponían de demasiado tiempo libre como consecuencia de la descarga de tareas favorecida por el uso de los nuevos electrodomésticos? ¿Se trataba, quizás, de alguna clase de padecimiento psicológico o emocional?

El éxito de la obra de Friedan radicó en su capacidad para poner el foco sobre los problemas que aquejaban a este sector de la población, integrado fundamentalmente por mujeres blancas de clase media con formación académica que habían renunciado a una carrera profesional propia para contraer matrimonio y ocuparse de las tareas del hogar y la crianza de los hijos a tiempo completo. A pesar de las limitaciones de su análisis en determinados aspectos, supo desafiar la tradicional concepción esencialista de las mujeres como seres naturalmente inclinados a la esfera doméstica y optó por presentar todas estas frustraciones como fruto de un entramado de presiones sociales y culturales que las alentaban a abandonar su propia identidad y mostrarse permanentemente abnegadas. Esta nueva perspectiva ofreció a muchas mujeres una explicación en la que ellas no eran las responsables de su propia infelicidad, sino que, por el contrario, podían reconocerse como víctimas de un sistema que las había utilizado como uno de los pilares fundamentales de su modelo social, económico y cultural.

1. Woman to Woman. "Housewife Suicide Syndrome." Vt.-27.260. Schlesinger Library on the History of Women in America. Radcliffe Institute, Harvard University. Cambridge.

En efecto, el desaliento que estas mujeres sentían no se había instalado en sus mentes de manera fortuita, sino que respondía a una intensa campaña de propaganda y transmisión de unos valores culturales determinados desde los medios de comunicación de masas, los organismos de educación y la tradición sociológica de la década de los años cincuenta. Se trataba de un proceso de construcción de unos modelos de género específicos que respondían a la necesidad de configurar una identidad nacional que diferenciase completamente a los Estados Unidos de la Unión Soviética en el marco de la Guerra Fría. Este artículo pretende trazar una cronología que refleje la construcción y consolidación del arquetipo de feminidad que se convirtió en un modelo aspiracional para las mujeres estadounidenses en la década de 1950 y que constituye el germen de la disconformidad que prendería la mecha de las reivindicaciones de la segunda ola feminista (las campañas que tuvieron lugar entre finales de los sesenta y durante la década de los setenta). Para ello, es preciso comprender qué papel jugó este ideal en la reformulación del “sueño americano” y el modelo de “familia tradicional” que el gobierno estadounidense se esforzó por exportar al exterior.

Por otro lado, a pesar de la innegable importancia que tuvo el análisis realizado por Friedan en el contexto histórico en el que fue concebido, las investigaciones historiográficas nos presentan una realidad más compleja, llena de matices y ambigüedades que permiten entender más en profundidad la construcción de la alteridad femenina y medir el verdadero alcance de los imperativos de género durante las décadas de los cincuenta y los sesenta en Estados Unidos. Este artículo pretende también ofrecer una mirada a estos análisis alternativos.

Para ilustrar esta realidad, se comenzará ahondando en las estrategias de difusión del modelo de familia nuclear y el *American way of life* como el exitoso modelo que los EEUU pretendían exportar hacia el exterior. A continuación, se profundizará en el aspecto de género, estudiando cómo el rol escogido para identificar a las mujeres durante aquella época se tomó del arquetipo decimonónico del ángel del hogar y se le resignificó para hacerlo útil a las necesidades de la sociedad capitalista de posguerra. Para acometer esta tarea, el artículo se basa en el estudio de fuentes primarias como fotografías, prensa y revistas de la época, así como fuentes gubernamentales. Estas han sido contrastadas con una diversa bibliografía que ha servido como punto de anclaje para aproximarse a diferentes lecturas y aproximaciones historiográficas sobre un mismo fenómeno.

LA FAMILIA NUCLEAR EN LA ERA NUCLEAR

Durante la década de 1950, los Estados Unidos fueron el escenario de un proceso de reconfiguración de unos valores respecto a la familia y los roles de género profundamente enraizados en la división sexual del trabajo

y el arquetipo de feminidad que había estado vigente hasta, aproximadamente, la década de 1920. La experiencia de la Depresión económica que asoló a las familias de todo el país durante los años 30 y el posterior estallido de la II Guerra Mundial tuvieron una incontestable influencia en el proceso de recuperación de estos valores domésticos que tendría lugar durante el período de posguerra. En este sentido, resulta llamativo comprobar cómo se produjo una correlación entre la inversión de los roles de género en muchas familias durante el contexto de la Gran Depresión y la probabilidad de que las siguientes generaciones abrazasen con mayor entusiasmo las fórmulas convencionales a la hora de construir sus propias familias. (Tyler, 2017: 53) En aquel período marcado por la dificultad y la crisis, se produjeron importantes alteraciones en las relaciones de género y, por este motivo, muchos de los niños que crecieron durante aquellos años percibieron la nueva realidad como una desafortunada consecuencia de la precariedad, en lugar de aceptar las nuevas formas de organización social y familiar como una alternativa válida y deseable. (Elder, 1974: 77)

Con la entrada de Estados Unidos en la II Guerra Mundial en 1941, al tiempo que se alentaba a los ciudadanos a unirse a filas, se desplegó una inmensa propaganda para animar a las mujeres a trabajar en la retaguardia, mediante campañas publicitarias como la icónica imagen de Rosie la Remachadora². Sin embargo, cuando la contienda concluyó, el estado puso en marcha su maquinaria propagandística, en esta ocasión con el fin de facilitar el retorno de las mujeres a la vida doméstica y dejar sus puestos vacantes para los veteranos que regresaban del frente. Cuando el llamamiento a filas terminó, las industrias se prepararon para una reconversión económica que dejase atrás la economía de guerra y, ante el aumento del paro y el temor a que se volviese a producir una gran crisis, muchas empresas comenzaron a despedir a sus empleadas o reducir sus opciones a trabajos peor pagados y menos cualificados³.

Aunque las estimaciones de los expertos sugieren que tres de cada cuatro mujeres que trabajaron durante la guerra deseaban mantener su oficio cuando ésta finalizase -incluyendo al 69% de las mujeres casadas que habían formado parte de la población activa durante la contienda- las políticas del gobierno, las empresas privadas e incluso algunos sindicatos impulsaron medidas que forzaron a las mujeres a depender económicamente de sus maridos. Su situación laboral se deterioró significativamente tras la contienda: su salario medio semanal descendió de 50\$ a 37\$, lo que suponía una bajada del 26% en comparación con el descenso nacional de tan solo un 4%. Aunque tres cuartas partes de aquellas que trabajaban en la industria de guerra mantuvieron sus empleos, el 90% ganaba un salario considerablemente más bajo que durante el período que duró el conflicto.

A esta situación se sumaba un creciente número de responsabilidades derivadas de la vida conyugal y familiar vinculadas con el regreso de

2. Referencia al icónico póster de reclutamiento creado por J. Howard Miller en 1942.

3. Este proceso también tuvo lugar en Europa, siendo compensado en algunos países con el reconocimiento de sus derechos políticos. (Yusta, 2012)

los hombres del frente y con la explosión demográfica que se produjo durante aquellos años. El número de matrimonios se disparó hasta alcanzar cifras récord: en 1946, 118 de cada 1.000 chicas mayores de quince años se casaron, frente a las 79 de cada 1.000 de 1926. Además, la edad media a la que los jóvenes celebraban su boda también descendió de 21,5 a 20,3 años para las mujeres, y de 24,3 a 22,7 para los hombres. Estos matrimonios, forjados en un contexto de crecimiento económico y consolidación de la sociedad de consumo, protagonizaron entre 1946 y 1964 el mayor *baby-boom* de la historia. (Rosen, 2000: 13)

La dificultad para combinar las responsabilidades profesionales y familiares se hizo cada vez más evidente. A pesar de que en 1943 la Agencia Federal de Trabajo había decidido crear centros de día, su capacidad no pudo cumplir con la alta demanda generada por el repunte de la natalidad. A la falta de apoyo institucional para gestionar la conciliación laboral se sumaba la penalización social de aquellas que no se mostraron dispuestas a abandonar el nuevo camino que se había abierto ante ellas durante los años que duró el conflicto bélico. Los periódicos narraban historias de niños abandonados en coches o apartamentos mientras sus madres cumplían con su jornada laboral, y vinculaban estas noticias con un supuesto aumento de la delincuencia juvenil o con el debilitamiento de la nación. (Evans, 1997: 219-226)

Como resultado, dos millones de mujeres abandonaron o perdieron sus puestos de trabajo después de la guerra, especialmente las que se encontraban en una edad comprendida entre los 20 y los 34 años, mientras que las mujeres más mayores se incorporaron al creciente sector de los conocidos como *pink-collar jobs*, los trabajos socialmente entendidos como femeninos. A pesar de ello, el número total de mujeres que ingresaban en el mercado laboral se mantuvo en constante aumento. (Tyler, 2017: 74-75)

El Gobierno se propuso promover la noción de la familia nuclear como uno de los pilares sobre los cuales se asentaba el modelo representado por los Estados Unidos en el nuevo marco de la Guerra Fría. Una posible explicación al éxito de este modelo que, apenas unos años antes, parecía haber quedado en el pasado, apunta hacia el modo en el que muchos jóvenes estadounidenses abrazaron la idea idealizada de la familia nuclear en respuesta a la ansiedad producida por el contexto de la posguerra y la nueva coyuntura de la Guerra Fría. (Tyler, 2017) Con el objetivo de celebrar el modelo de familia que consideraban como “típicamente estadounidense”, los medios enfatizaron los valores que históricamente se habían asignado a cada género en el mundo occidental. (Brennan, 2008) En el caso de las mujeres, se premió su delicadeza y su sensibilidad como rasgos útiles para ayudar a superar el trauma colectivo que había supuesto el conflicto bélico y se las instó activamente a “dejar sus egos a un lado” para apoyar a sus maridos y familiares varones que regresaban del frente. Muchos excombatientes retornaron con trastorno de estrés postraumático, las tasas de alcoholismo aumentaron en todo el país y a ello se sumaron las consecuencias de la experiencia de brutalización que había significado para ellos su participación en la contienda. Además, la campaña de alistamiento había venido acompañada de una promesa de retribución social y sexual a su regreso, la idea del “reposo del guerrero”, materializada en el fenómeno de las *pin-ups*, que chocó frontalmente con la realidad que les esperaba en casa: unas mujeres desalentadas por la contradicción entre el nuevo modelo impuesto y la autonomía experimentada durante los años de la guerra.

Al trauma provocado por la experiencia bélica se sumaban la amenaza nuclear, tema que se repetía constantemente en los medios de comunicación y la histeria anti-comunista, que alcanzó

una dimensión aún mayor con la Caza de Brujas emprendida por el senador McCarthy, quien encabezó la persecución de relevantes figuras del ámbito de la cultura y el cine bajo el pretexto de supuestos vínculos con el comunismo.

En un contexto de constante sospecha de subversión, la “familia tradicional” se antojaba como la única forma de conservar los valores que definían al sistema americano en oposición al enemigo soviético. (Matthews, 1987) Si bien la situación de las mujeres en los países del este no distaba tanto en la práctica de la realidad americana como los medios tendían a representar -con incentivos al aumento de la natalidad, importantes cifras de mujeres regresando a la vida doméstica y avances políticos en materia de género que no tenían el éxito esperado en su aplicación práctica-, la imagen que se exportaba al exterior apuntaba hacia un mayor grado de autonomía femenina y, ciertamente, durante aquellos años se estaban produciendo algunos cambios notorios. Con los proyectos de desestalinización llevados a cabo por el gobierno de Nikita Khrushchev, se había puesto el foco sobre el rol que desempeñaban las mujeres en la sociedad. Uno de los elementos que marcó este proceso fue la mayor importancia otorgada a la llamada “cuestión femenina”. Durante aquellos años tuvieron lugar algunas mejoras en la calidad de vida de las mujeres y en sus derechos reproductivos. Además, su presencia en los órganos de gobierno y administración del país aumentó considerablemente. (Ilic, 2004) Para observar esta diferencia, resulta especialmente interesante comparar las revistas femeninas más exitosas en Estados Unidos durante aquellos años (principalmente *Ladies' Home Journal*, *Redbook* y *McCall's*) con las soviéticas (como, por ejemplo, *Rabonitsa Krest'yanka*, *Zhenshchiny mira o Soviet Woman*). Un simple vistazo a sus títulos evidencia el modelo de feminidad que cada país buscaba promover. En el caso de EEUU, “el periódico de las mujeres del hogar”, apela a la vida doméstica, mientras que en la URSS encontramos nombres como “mujer trabajadora”, “mujer campesina” o “mujeres del mundo”.

Para representar a la Unión Soviética como antítesis de los valores norteamericanos, se pretendió, entre otros elementos, diferenciarse de la supuesta laxitud en los dictámenes de género que encarnaba la URSS, y para ello, se forzó una división más estricta de los roles en el territorio americano (Lyne y Tutle, 1953: 68-72). Los periodistas americanos tendían a representar a las mujeres soviéticas de un modo masculinizado. Un artículo del *U.S. News and World Report* sugería que aquellas mujeres, como trabajadoras y activistas políticas, se desexualizaban a sí mismas⁴⁾ mientras que un artículo del número de agosto de 1953 de *McCall's*, la revista con mayor arraigo entre las mujeres de clase media en los Estados Unidos, titulado “El ataque soviético sobre las mentes de las mujeres”, alertaba sobre el modo en el que, en teoría, el Kremlin adoctrinaba a las mujeres soviéticas para odiar el modelo estadounidense, adherirse a los valores comunistas, educar a sus hijos en la violencia

4. “Setting Russia Straight on Facts about the U.S.”, *U.S. News and World Report*, (3) (1959), 36-39, 70-72. Vol. 47, IA 1630022-07. The Internet Archive.

y abandonar su feminidad, algo que, supuestamente, cambiaba tras probar algún programa educativo de intercambio entre ambas potencias. De este modo, las conductas vinculadas a los roles de género funcionaban como herramientas de propaganda al servicio de la construcción del nacionalismo de cada potencia en una guerra que se libraba especialmente en el ámbito de la economía, la política y la cultura. Los ideales de feminidad enfrentados se convertían así en parte de las estrategias de *soft power* de cada país.

124

La instrumentalización del género como forma de representar los ideales del mundo comunista y el capitalista durante la Guerra Fría se hizo especialmente evidente cuando, en 1959, el vicepresidente de los Estados Unidos, Richard M. Nixon, viajó a la Unión Soviética con motivo de la inauguración de la Exhibición Nacional Americana en Moscú y allí protagonizó un acalorado debate con Nikita Khrushchev en torno a la superioridad de los valores encarnados por cada una de las potencias. Lo llamativo de aquel acontecimiento fue que, en lugar de discutir sobre armamento, economía o modelos políticos, los dos líderes argumentaron acerca de la calidad de sus lavadoras, televisores y otros electrodomésticos, en lo que se ha denominado como el “debate de la cocina”⁵. Para Nixon, la superioridad de América se encontraba en el ideal de la familia nuclear que vivía en los barrios residenciales y cuyos miembros presentaban unos roles bien definidos en función de su género y edad. En este sentido, el “hogar ideal”, que encarnaba la esencia de la “libertad americana” debía estar integrado por un hombre que se encargase de traer un sueldo al hogar y una mujer que ejerciese como ama de casa a tiempo completo, ambos consumidores de un amplio espectro de bienes de consumo. (Kerber, 1976)

La idea del trabajo doméstico a tiempo completo como una “liberación del trabajo asalariado” propia de Estados del Bienestar se repetía a menudo. El regreso de las mujeres al hogar se entendía así como una victoria de la sociedad capitalista y una distinción frente a la pobreza de otros países en el contexto de posguerra, en lugar de como un retroceso en la emancipación de las mujeres. En un documento del *United States Information Service* se recogían las declaraciones de una ciudadana japonesa que estudió en una universidad estadounidense: “En Japón, las mujeres casadas trabajan porque es absolutamente necesario que ellas ganen dinero” mientras que, en contraste, muchas esposas americanas se introducían en el mercado laboral para “añadir comodidades y bienestar” adicional a sus hogares⁶.

La imagen del éxito económico de Estados Unidos quedó representada en el fenómeno de los nuevos barrios residenciales que se construyeron

LOS NUEVOS BARRIOS RESIDENCIALES Y LA DIFUSIÓN DEL “AMERICAN WAY OF LIFE”

5. “Vice President Richard Nixon and Soviet Premier Nikita Khrushchev during the Kitchen Debate at the American National Exhibition in Moscow”, fotografía tomada el 24 de julio de 1959. Richard Nixon Foundation Collection of Audiovisual Materials. Catalog of the U.S. National Archives. 16916093 <https://catalog.archives.gov/id/16916093>

6. “As others see U.S. Women -III” WP-153. USIS Special Women’s Packet, marzo 1954. Records of the U.S. Information Agency. Catalog of the U.S. National Archives.

en las afueras de las ciudades durante aquellos años, listos para albergar modélicas familias de clase media. La creación de estos barrios fue posibilitada por las consecuencias económicas de la posguerra. La necesidad de capital para reconstruir una Europa y parte de Asia devastadas por el conflicto, sumada al factor de que las batallas no se habían librado en suelo estadounidense -con la excepción del ataque a Pearl Harbor-, hizo de EEUU un banquero ideal para las economías europeas. Este nuevo aliento para el país en términos económicos condujo a la consolidación de un nuevo estándar de vida, que se manifestó urbanísticamente en la construcción de numerosos barrios residenciales con casas unifamiliares a las afueras de las ciudades, promovidas por el *National Housing Act* de 1949. (Hoffman, 2000: 299-326).

Ante el aumento de la cantidad de jóvenes matrimonios, el engrosamiento de la clase media y el consiguiente aumento de la demanda de este tipo de viviendas, se impulsaron técnicas de producción en serie en la construcción de casas, semejantes a las establecidas por Henry Ford en el sector automovilístico. En 1946, la constructora Levitt and Sons, Inc., que cambiaría el paisaje urbano de América, comenzó a levantar Levittown, su primera urbanización, en Long Island. Esta marcaría un modelo que se extendería durante los siguientes años por las comunidades de todo el país. En este caso, la urbanización estaba pensada para veteranos de la guerra y sus precios eran bajos gracias a la fórmula de prefabricación en serie de las casas, el uso de materiales estándar y la aplicación de técnicas de montaje en el propio terreno. Sus casas se inspiraban en la lujosa arquitectura de Cape Cod y eran estéticamente iguales: árboles en el frente, plantados a la misma distancia, 70m², dos dormitorios, un salón con televisión y una cocina con todos los electrodomésticos modernos (nevera, lavadora, etc).

En estos barrios se instalaron escuelas, hospitales, iglesias, centros comerciales cubiertos y climatizados y entornos de ocio propios, que cambiaron el modo de consumir y las formas de sociabilidad vecinal en todo el país. Mudarse a una urbanización de este tipo no sólo conllevaba abandonar el entorno urbano y los lazos creados allí, sino que también implicaba el acceso a una nueva comunidad y un modelo familiar y de vida bastante homogéneo, la creación de nuevos lazos, así como la necesidad de adquirir un coche que facilitase los desplazamientos diarios para hacer las compras, llevar a los niños a la escuela o acudir a la ciudad para trabajar, lo cual disparó la industria del automóvil durante aquellos años. Asimismo, la afiliación religiosa ocupó un importante papel en la configuración de una nueva identidad en el seno de estas comunidades. Además, el contrato de compra de las viviendas llevaba aparejadas una serie de normas comunitarias relacionadas con prohibiciones y horarios de juegos y fiestas.

Esta configuración de un nuevo paisaje urbano afianzó los roles de género y acrecentó la brecha entre el centro de las ciudades, que quedó habitado mayoritariamente por personas divorciadas y solteras, parejas sin hijos, clases trabajadoras y minorías étnicas y sexuales; frente a los barrios residenciales, nuevo estandarte del sueño americano, claramente identificado con las clases medias blancas. (De la Guardia, 2019: 138-141) Asimismo, en este tipo de barrios, la población racializada, ya se tratase de familias afroamericanas, de ascendencia asiática o latinas, sufrió dificultades de integración en estos entornos. En algunos casos, a pesar de poder permitirse económicamente una casa familiar, su arrendatario se negaba a vendérsela o alquilársela y, en otras ocasiones, su mudanza al barrio era percibida por parte de otros miembros de la comunidad como una amenaza a su modo de vida. (Rosen, 2000: 8-9)

EL MODELO DE FEMINIDAD IDEAL: LA “HOUSEWIFE”

Como se ha señalado, uno de los pilares fundamentales del modelo que Estados Unidos exportó durante este periodo fue el arquetipo de feminidad de la *housewife*, el ama de casa inspirada en el ideal de maternidad republicano, heredera del decimonónico “ángel del hogar”: trabajadora doméstica a tiempo completo, enfocada en el cuidado de los niños y siempre atenta a su marido, pero adaptada a nuevas necesidades como, por ejemplo, el aprendizaje del consumo consciente ante una fuerte inflación de los precios durante la posguerra. En esta figura confluyen dos elementos clave del nuevo modelo con el que los Estados Unidos buscaban identificarse: un consumismo necesario para reflotar la economía de posguerra, prácticamente convertido en un acto patriótico, y la “profesionalización” del ama de casa, protectora de la unidad familiar y la calidez del hogar⁷. (Bochicchio, 2020)

Un artículo del 22 de diciembre de 1962 del *Saturday Evening Post* realizaba un retrato de la “típica mujer americana”. Esta aparecía representada como una mujer blanca treintañera, con dos hijos y esperando un tercero, ama de casa a tiempo completo, con más de tres años de enseñanza superior completados y felizmente casada desde hacía catorce. Asimismo, estas mujeres eran descritas como solitarias, aburridas, vagas, fríidas y superficiales, pero, a pesar de todo, felices con su forma de vida. A modo de evidencia, el artículo mostraba los resultados de una encuesta según la cual mientras el 40% de las mujeres admitía haberse preguntado en alguna ocasión cómo habría sido su vida si hubiesen escogido el camino de mujer soltera “de carrera”, tan solo un 7% se lamentaba de haber antepuesto el matrimonio a su carrera profesional. Además, la mayoría de ellas tendían a señalar el contraste entre sus propias vidas y las duras condiciones que habían padecido sus madres y que habían observado durante su infancia. En la misma línea, el 60% consideraba que tenía matrimonios más felices que los de sus padres⁸. Paradójicamente, apenas un mes después las revistas y periódicos populares comenzarían a poner el foco sobre un problema de infelicidad generalizado entre las amas de casa de todo el país, y tratar de encontrar respuestas al mismo desde diferentes áreas de conocimiento.

Bajo el prisma de una falsa libre elección a la hora de escoger el destino doméstico, la mayoría consideraba que su principal meta en la vida debía ser la dedicación exclusiva al cuidado de sus hijos y su marido y la consecución diaria de las tareas domésticas, sin contemplar una carrera propia como una alternativa seria. Sin embargo, sorprendentemente, aproximadamente el 90% de ellas afirmaba estar contenta con su situación, pero no esperaba el mismo futuro para sus hijas, sino que deseaba que ellas pudieran estudiar durante más años, casarse más tarde que ellas e incluso tener un futuro profesional más allá de las paredes de su casa. (Coontz, 2011: 1-4) Este contradictorio mensaje que transmitían a sus hijas

7. Un proceso similar, pero profundamente marcado por las características específicas que cada país tendrá lugar en diversas naciones europeas. Para profundizar en la construcción del modelo de feminidad en España durante este período véase (Aresti, 2001) y (Cenarro, 2017).

8. *Saturday Evening Post*, 22 de diciembre (1962), en (Coontz, 2011: 1)

muchas madres de los años 50 y 60 puede ser uno de los elementos que ayuden a comprender mejor el espíritu de rebeldía y emancipación que caracterizó a las jóvenes que se involucraron en el movimiento feminista a finales de la década, pues uno de los mantras repetidos por muchas de ellas fue el rechazo a repetir la vida de sus madres.

El día a día de la prototípica ama de casa americana se completaba con la dedicación de su tiempo libre a actividades comunitarias como reuniones de las PTA (*Parent-Teacher Association*, las Asociaciones de Padres y Profesores dedicadas a realizar actividades relacionadas con la educación como recaudar fondos para la escuela, organizar eventos culturales y deportivos o brindar apoyo a las actividades extracurriculares), las *Girl Scouts*, la *League of Women Voters*, los *Women's Clubs*, involucrarse en asuntos comunitarios o religiosos, decorar y redecorar sus amplias casas y, si aquello les resultaba insuficiente, desempeñar algún trabajo a media jornada en un ámbito que se considerase aceptable para una mujer (como secretaria, asistente o teleoperadora, por ejemplo. Algunas revistas incluso sugerían escribir desde casa, presentándolo como una suerte de liberación que, en última instancia, consolidaba su vinculación con el ámbito doméstico). "Escribir es una de las profesiones ideales para las mujeres." Afirmaba un artículo publicado en el *Ladies' Home Journal* "No tienes que ir a la oficina, no tienes que estar lejos, con la mitad de tu mente pendiente de las tareas domésticas preguntándote, si llueve ¿habrás cerrado las ventanas? Y para la mujer que está atada a su hogar, escribir le provee de fascinantes formas de descargo emocional y desahogo, por no decir nada del salario extra que puede suponer." (Baldwin, 1963: 3)

Sin embargo, el sentimiento generalizado de desazón que recogían los medios sugería que aquellas vidas aparentemente ideales escondían realmente rutinas que asfixiaban y despersonalizaban a muchas mujeres que, tras haber abandonado sus estudios superiores, se veían abocadas a dejar atrás sus propias ambiciones e inquietudes para pasar a definirse en relación con sus familias. Los medios, no obstante, tendían a presentarlo como un problema de sobre cualificación, entendiendo el hogar como el destino intrínseco para las mujeres.

"Muchas mujeres jóvenes (aunque ciertamente no todas) cuya educación las ha introducido en el mundo de las ideas se sienten atrapadas en sus hogares" señalaba un artículo del *New York Times* el 28 de junio de 1960 "Como si estuvieran encerradas, se sienten abandonadas. En el último año, el problema del ama de casa con formación ha alentado decenas de discursos realizados por presidentes de escuelas femeninas que mantienen, en contra de cualquier queja, que dieciséis años de formación académica son una preparación realista para el matrimonio y la maternidad." (Levin, 1960: 24)

Entre 1940 y 1960 el número de mujeres empleadas aumentó en términos absolutos, aunque disminuyó en relación con los hombres (Evans, 1980: 18). Según el *Kelly Longitudinal Study* (KLS), un estudio basado en encuestas acerca de las costumbres, compatibilidad y otros asuntos relacionados con el matrimonio y las parejas que abarca desde finales de la década de 1930 hasta mediados de los años cincuenta, un 48,6% de las mujeres encuestadas admitieron no haber tenido ningún trabajo remunerado durante sus años de matrimonio, mientras que un 10,75% abandonaban su profesión después de los primeros tres años de casadas. Sin embargo, tan solo un 14,48% de ellas se encontraban en situación de desempleo en el momento en que contrajeron matrimonio. Asimismo, la mayoría de las mujeres encuestadas habían accedido a una formación superior y estudiado durante varios años en la Universidad, aunque una parte de ellas la abandonaron antes

de concluir sus estudios para pasar a encargarse de las tareas domésticas tras contraer matrimonio. Por su parte, la mayoría de los hombres encuestados permanecieron en la universidad durante, al menos, cuatro años, o hasta concluirla, a pesar de haber contraído matrimonio durante su etapa de estudiantes también. De hecho, el porcentaje de personas que se encontraban en su época de estudiantes en el momento de casarse es similar para ambos géneros (un 16,44% en el caso de los hombres frente a un 15,49% en el caso de las mujeres)⁹.

A esta situación se sumaba, además, la presión por contraer matrimonio durante la etapa universitaria que se desprendía de los medios, la cultura popular y la propia vida cotidiana en los *colleges*. En 1949, el *Ladies' Home Journal* explicaba a sus lectoras que “muchos hombres jóvenes se estaban dando cuenta de que podrían trabajar de forma más eficiente si lograban sacar a las chicas de sus sueños y trasladarlas a sus cocinas”¹⁰. Esta situación se agravaba con determinadas políticas públicas aprobadas con el regreso de los veteranos del frente, pues muchas universidades priorizaron la concesión de alojamiento a aquellos que se matricularon gracias al G.I. Bill (el *Servicemen's Readjustment Act* de 1944), así como a matrimonios jóvenes, en detrimento de jóvenes solteras. Durante aquellos años, educadores y consejeros escolares sugirieron que la educación de las mujeres se reformase a fin de preparar a las mujeres para su futuro papel como esposas y amas de casa. Los cursos de economía doméstica proliferaron, a la par que la educación superior comenzó a publicitarse hacia las mujeres como un modo de convertirse en esposas interesantes y cultas para sus maridos. (Tyler, 2017: 81)

Asimismo, muchas mujeres con formación quedaban a menudo atrapadas entre la promesa de reincorporarse al mercado laboral cuando sus hijos crecieran, una idea que se repetía a menudo en los medios de comunicación, y la realidad de un mercado laboral que no brindaba grandes oportunidades a las madres. Los artículos mostraban a mujeres que experimentaban la vida doméstica como una oportunidad para realizarse a sí mismas y cumplir con su destino natural, la maternidad, antes de embarcarse en proyectos propios, pero la realidad distaba bastante de ello.

La experiencia de las mujeres afroamericanas y las de clase obrera en el ámbito educativo respondió a un patrón diferente. Mientras que muchas mujeres blancas de clase media tendían a abandonar la educación superior sin terminarla para enfocarse en la crianza y el matrimonio (en 1956, un cuarto de las mujeres blancas del entorno urbano contraía matrimonio mientras iba a la escuela) (Tyler, 2017: 78) pues, para ellas, los títulos universitarios no garantizaban el acceso a puestos con la misma remuneración y estatus que sus maridos, en el caso de las mujeres negras y de clase obrera, quienes esperaban trabajar en el futuro, al igual que habían hecho sus madres y sus abuelas antes que ellas¹¹, obtener un título podía suponer el acceso

9. Actualmente, los documentos originales se encuentran disponibles en el Henry Murray Research Center, en el Radcliffe College de Cambridge, pero, para la realización de este artículo, se han podido consultar a través de los apéndices de (Tyler, 2017: 231-250).

10. *Ladies' Home Journal* (1949), 58, 193-196.

a un puesto de trabajo más cualificado del que habrían obtenido en otras circunstancias. Por este motivo, además de por el sacrificio económico que implicaba, a pesar de que el número de mujeres negras que accedían a la universidad era mucho menor, más del 90% de ellas lograba completar sus carreras con éxito (Coontz, 2011: 121-138).

En cualquier caso, los trabajos en los que una mujer pudiera escalar profesionalmente o alcanzar un grado de emancipación considerable no estaban demasiado bien contemplados socialmente. En una sociedad que dividía los anuncios de empleo en las categorías de "trabajos de hombres" y "trabajos de mujeres", la respetabilidad de las mujeres trabajadoras se reducía a puestos de oficina, educación y cuidados. Además, por lo general, se trataba de trabajos que afianzaban la posición de subordinación de las mujeres en la jerarquía ocupacional y no ofrecían demasiadas expectativas de futuro ni permitían el desarrollo de su creatividad. (Tyler, 2017: 75-77)

Esta visión acerca de las mujeres conllevaba, además, su vilificación y responsabilización de cualquier fracaso como nación. Se culpaba a las madres de los chicos que no habían sido admitidos en el ejército de no haber educado propiamente a sus hijos y de haber generado en ellos una debilidad física o emocional. Surge el concepto de "*momism*" que, sumado a la visión freudiana que impregnaba la perspectiva sociológica de la época, inducía a considerar que las mujeres habían fallado en cortar el lazo emocional con sus hijos, dejándolos inmaduros y mentalmente enfermos. (Campbell y Kean, 2012: 226) Algunos medios conservadores incluso sugerían que, desde que las mujeres habían conseguido el derecho al voto, el mundo se había llenado de corrupción, degeneración, caos y guerra. El término fue acuñado por Philip Wylie en su obra de 1942 *Generation of Vipers* (Generación de víboras), que se convirtió en un *best seller*. De acuerdo con él y sus seguidores, este *momism* era el resultado de madres frustradas que educaban a sus hijos con sobreprotección y demasiado afecto, volviéndolos ciudadanos débiles y pasivos. Como ferviente patriota y profundo anticomunista, Wylie argumentaba que las consecuencias de este mal que afectaba a los jóvenes del país podrían tener un grave efecto debilitador sobre la nación y hacerla vulnerable frente al enemigo soviético. En la misma línea, un psiquiatra escribía en 1946 en el *Saturday Evening Post* señalando a las madres como responsables del "desmesurado número de jóvenes americanos cuyo estilo de crianza los había vuelto no aptos para el servicio militar." (Strecker, 1946: 14) Para la mayoría de estos autores el comportamiento de estas madres derivaba de una frustración y represión sexual incorrectamente dirigida hacia los hijos, como forma de compensar su sentimiento de abandono ante la ausencia del marido durante la mayor parte del día. La cura para ello estaba en buscar la satisfacción sexual en el matrimonio (que, además, incentivaría aún más la natalidad).

11. Además, los hombres negros ganaban, de media, un 60% menos que los blancos y sus familias tenían menos posibilidades de recibir subsidios del gobierno cuando los solicitaban. (Coontz, 2011: 121)

En este marco se construye la idea del “matrimonio erotizado”, sustentado en gran medida por las creencias y consejos que ofrecían populares manuales matrimoniales como *Ideal Marriage: Its Physiology and Technique*, que había sido escrito por el ginecólogo alemán Th. H. Van de Velde en 1926 y cuya edición de 1947 llegó a vender medio millón de copias. Una de las cuestiones que se abordaban era el “orgasmo mutuo”, la creencia en que lo habitual en los contactos sexuales entre las parejas era alcanzar el clímax al mismo tiempo a través de la práctica del coito. Sin embargo, muchas mujeres advertían no sentir un placer auténtico a través de esta práctica, sino que para ellas era más fácil llegar al orgasmo mediante la estimulación del clítoris, algo que según la doctrina freudiana era síntoma de inmadurez sexual¹². Esta idea de la frigidez femenina y la incapacidad de abrazar la feminidad por parte de las mujeres que no disfrutaban únicamente de la penetración generaba una gran culpabilidad para muchas de ellas, pues la incapacidad para lograr una perfecta vida marital, lo cual se consideraba que debía ser su principal meta en la vida, resultaba desalentadora. A ello se le sumaban los tabúes y las falsas creencias del discurso republicano, que a veces llegaba a identificar prácticas como el sexo oral con expresión de homosexualidad (incluso aunque fuesen realizadas por parejas heterosexuales). La sensación de vigilancia y sospecha en el ámbito privado contribuía a alentar temores y dificultar el disfrute de una sexualidad más libre, levantando muros para la comunicación de las parejas en la intimidad.

130

Como se ha señalado previamente, el modelo de feminidad de los años cincuenta se diferenció en algunos aspectos fundamentales del arquetipo victoriano del “ángel del hogar”. Si previamente se ha hecho hincapié en su instrumentalización con el objetivo de incentivar el consumo, también es preciso señalar que algunas de las diferencias más notorias estaban relacionadas con el ámbito sexual y erótico. Esta nueva mística llevaba aparejado un componente de sexualidad y modernidad en pequeñas dosis necesarias para adaptarlo al nuevo contexto sociocultural, con fuertes influencias de las teorías freudianas y los Informes de Alfred Kinsey de 1948 y 1953 sobre la conducta sexual del hombre y de la mujer, respectivamente, y en el que la difusión de métodos anticonceptivos se había extendido considerablemente. No obstante, esta relativa libertad sexual quedaba siempre enmarcada dentro de unos límites que no alterasen *el status quo*. Esta nueva “domesticidad sexy” se vio reforzada por la industria cinematográfica. La censura y la sospecha en Hollywood, fortalecidas por la promulgación en 1930 del Código Hays, que delimitaba lo que era moralmente aceptable en el cine, dieron paso a un nuevo Hollywood en el que triunfaron icónicas actrices como Marilyn Monroe y actores como John Wayne, que representaban los renovados modelos de feminidad y masculinidad. (Expósito, 2016: 285-330).

12. Esta visión será impugnada por las feministas del *Women's Liberation Movement* en textos como *El mito del orgasmo vaginal* de (Anne Koedt, 1968).

La industria de la moda jugó también un papel importante en la construcción de esta nueva feminidad de posguerra. Los trajes de sastre de línea simple y anchos a la altura de los hombros que habían triunfado durante los años 40, ofreciendo una imagen más “masculinizada”, andrógina y estilizada de los cuerpos de las mujeres se vieron sustituidos por el “New Look” de Christian Dior, un estilo que exageraba los atributos femeninos, jugaba con las curvas y se acompañaba del uso de tejidos delicados y elementos exagerados que dificultaban el movimiento de las mujeres. La sencillez en el maquillaje dio paso a fuertes delineados en ojos y boca, que parecían insinuar una intocable sensualidad femenina y los cabellos cortos se transformaron a su vez en imposibles peinados cubiertos de laca. (Rosen, 2000: 13-14) Para ilustrar este cambio estético, resulta interesante comparar, a modo de ejemplo, dos artículos publicados en las secciones de moda de dos de las revistas femeninas más populares en la época: En 1946, *Ladies' Home Journal* muestra los hombros anchos y las líneas rectas como tendencia (Cushman, 1946: 30-31), mientras que, en 1952, *McCall's* mostraba cinturas ceñidas con fajas y las faldas con vuelo (Lane, 1952: 38-39).

Uno de los medios de difusión más eficaces que encontró este modelo fueron, de hecho, estas revistas femeninas. Se trataba de publicaciones semanales o mensuales que ofrecían artículos sobre la gestión del hogar, recetas de cocina, moda, estilo de vida, consejos sobre crianza, cotilleos sobre Hollywood y reflexiones superficiales sobre algunos asuntos de actualidad, con un especial énfasis en la amenaza nuclear. Algunas de las revistas más útiles para comprender este proceso son *Ladies' Home Journal* y *McCall's*, dos de las más populares en el periodo de posguerra, y *Life*, dirigida a ambos géneros. En sus páginas es muy frecuente encontrar artículos y cartas relacionados con la preocupación entorno a la amenaza nuclear y su integración en la vida cotidiana. Como ejemplo de ello, *Life* iniciaba su número de agosto de 1959 con un artículo titulado *Their Sheltered Honeymoon*, donde narraba la experiencia del joven matrimonio Mininson, que había decidido celebrar su luna de miel en su búnker antinuclear.

Por otro lado, un simple vistazo a las páginas de estas revistas permite observar que, como fieles representantes de la sociedad de consumo a la que se dirigían, sus páginas contenían una enorme cantidad de publicidad dirigida a las mujeres, que eran las principales consumidoras. Anuncios de preparados alimentarios, sopas de sobre¹³, productos de belleza y de higiene femenina, electrodomésticos y coches ocupaban, en muchas ocasiones, el mismo número de páginas que el propio contenido de los artículos.

La mencionada *Ladies' Home Journal*, fundada en 1883, fue una de las revistas femeninas más populares de la época. En la década de 1960 contaba con una circulación de más de 4 millones de copias. (Bonaparte, 2014) No resulta sorprendente que, en 1970, varios grupos feministas se unieran para

13. En las revistas femeninas, libros de recetas y anuncios de la época se tendía a animar a las mujeres a ser creativas en la cocina utilizando comidas procesadas, y se insistía en que estas podían ser más saludables y baratas que la comida convencional. Para más información sobre este tema, se recomienda la lectura de (Neuhaus, 1999).

realizar una sentada en su redacción a modo de protesta contra la forma en que se representaba a las mujeres en sus páginas y contra el hecho de que su equipo de redacción estuviera integrado mayoritariamente por hombres. (Brownmiller, 1990)

Otras destacadas publicaciones femeninas fueron *McCall's*, que, en la década de 1960 tenía una circulación de 8 millones de copias; *Good Housekeeping*, con más de 5 millones; *Redbook*, que se publicaba desde 1903, pero en la década de 1960 alcanzó la circulación de más de 4 millones de copias; *Better Homes and Gardens*, más centrada en temas relacionados con la decoración del hogar y la jardinería, cuya circulación se estima en más de 6 millones de copias; o *Woman's Home Companion*. Por otro lado, entre las mujeres afroamericanas tuvieron más repercusión títulos como *Ebony* o *Negro Digest*.

132

A pesar de la pátina de orden, homogeneidad y tradición, los años 50 fueron un periodo con mayores complejidades y contradicciones que las presentadas en el retrato que ha quedado en nuestro imaginario como consecuencia de las producciones audiovisuales. La experiencia de muchos miembros de la sociedad estadounidense fue, durante aquellos años, muy diferente a la que difundían los medios. Mientras la televisión y las revistas más populares bombardeaban con imágenes de familias felices reunidas en torno a la mesa del comedor, o en divertidas barbacoas celebradas en los amplios jardines de barrios residenciales, la realidad se presentaba más compleja bajo la superficie: amas de casa acudiendo a terapia para calmar su ansiedad y su depresión; mujeres ingresando de una forma imparable en el mercado laboral; una profunda segregación racial favorecida por el traslado de las familias blancas de clase media a barrios residenciales en las afueras, que hacía de las ciudades el perfecto caldo de cultivo para un pujante movimiento por los derechos civiles; huelgas organizadas por el movimiento obrero y la configuración de una clara conciencia identitaria de la población homosexual y trans, durante aquellos años violentamente perseguida por el *Lavender Scare*.

En las últimas décadas, la historiografía ha tendido a profundizar en los matices y complejidades del discurso, así como en la diversidad de alternativas al modelo dominante. Los análisis de las principales revistas femeninas que se publicaron durante el período de posguerra realizados durante los años noventa comenzaron a retratar un panorama más complejo y plural que el planteado hasta entonces¹⁴. En ellas es posible observar cómo, a pesar de las frecuentes referencias hacia la feminidad y la domesticidad, a menudo se representaba con admiración a las mujeres que también alcanzaban el éxito en su vida profesional. En contraste con el "síndrome del ama de casa" que Friedan

UN MODELO DE NORMATIVIDAD, PERO NO LA NORMA. COMPLEJIDADES Y DISIDENCIAS DE LOS ROLES DE GÉNERO

14. En este sentido, resulta especialmente esclarecedor el artículo de (Meyerowitz, 1993).

observaba en estas revistas (Friedan, 1963), historiadoras como Joanne Meyerowitz o Stephanie Coontz consideran que la cultura de posguerra abrazó un ideal ambivalente: la tensión entre la domesticidad y el éxito individual, ambos elementos indispensables del modelo de sociedad que los Estados Unidos buscaban presentar como una de las claves de su éxito. (Meyerowitz, 1994 y Coontz, 2011) La visión de Friedan se debe a la selección de artículos y secciones que utilizó para su análisis, que indujeron una narrativa global difícilmente aplicable a las mujeres racializadas y/o de clase trabajadora.

Por otro lado, la costumbre de equiparar el modelo aspiracional de la housewife con la realidad observable en la sociedad estadounidense de las décadas de 1950 y principios de 1960 resulta problemática en la medida en que invisibiliza las complejas experiencias vitales de todas las mujeres que quedaban excluidas de aquel estándar por razones de raza, sexualidad o clase, además de omitir a las mujeres que se esforzaron por romper los moldes. No en vano, a pesar de la discriminación en el empleo y la educación, las mujeres blancas y negras, solteras y casadas, participaron activamente en la política y se integraron en cifras cada vez mayores en el mercado laboral. Esta postura ambivalente quedaba reflejada también en las revistas que fueron excluidas del análisis de Betty Friedan: si bien es cierto que en ellas rara vez se cuestionaban las convenciones del matrimonio y la maternidad glorificada, tampoco se insataba expresamente a las mujeres a regresar al hogar. Su posición ambivalente tendía a celebrar la figura de la mujer que era capaz de aunar ambas esferas, de un modo similar a la “superwoman” que se fomentará décadas después.

Asimismo, no debe obviarse la cantidad de mujeres que se mantuvieron al margen de estos mandatos de género de forma inconsciente o por incapacidad material de ajustarse a ellos. Las exigencias del arquetipo del ama de casa tuvieron sus ecos entre la clase obrera, pero alcanzaron una implantación más limitada en aquellos entornos en los que las mujeres debían trabajar fuera de casa en las mismas condiciones que sus compañeros varones. Asimismo, para las mujeres afroamericanas y las migrantes era más frecuente trabajar fuera del hogar. A esto se sumaba el hecho de que no se ajustaban a las exigencias e imposiciones físicas y estéticas del arquetipo de feminidad hegemónico. Si bien es cierto que aquellas que gozaron de una mejor posición económica compartieron con las mujeres blancas acomodadas y de clase media algunos gustos estéticos y semejanzas en sus formas de vida, la propia imagen de blanquitud que definía a la “familia americana tradicional” reclinaba a las familias negras a una posición de “otredad” permanente. Muchas mujeres afroamericanas que siguieron una narrativa de “respetabilidad”, buscaron facilitar su integración sometiéndose a duros tratamientos de blanqueamiento de piel y agresivos alisados de cabello, unas prácticas que las futuras generaciones, desde una óptica poscolonial, interpretarían en clave de asimilación cultural y pérdida de identidad¹⁵. A pesar de estos esfuerzos,

15. Para ahondar en el debate entre asimilación cultural y reivindicación de una identidad propia se recomienda la lectura de (Fanon. 1952).

las leyes de segregación seguían vigentes y, a menudo, especialmente en los estados del sur, estas familias fueron recibidas con recelo y excluidas de la vida social de los barrios residenciales.

Por otro lado, hubo mujeres que trataron de desafiar activamente los roles de género, integrándose en subculturas y grupos que prometían, al menos de forma teórica, una mayor emancipación, como las *swinging singles*, las *beatniks* o las *red diaper-babies*. En muchos de estos espacios se puede rastrear el sustrato del futuro Movimiento de Liberación de las Mujeres (MLM), así como de otros movimientos sociales que se articularían en la década de 1960. En los siguientes años, las cifras y datos que reflejaban aquel descontento se recogerían en el informe final de la Comisión Presidencial sobre la Condición Jurídica y Social de la Mujer (PCSW)¹⁶, que se constituyó durante el gobierno de John F. Kennedy y representaría un paso adelante en el camino hacia la toma de conciencia del sexismio estructural (Harrison, 1988) Años después, estas demandas se concretarían en la creación de la *National Organization for Women* (NOW), una organización de corte liberal que lucharía por la igualdad jurídica y legal de las mujeres. Asimismo, surgiría una vertiente más radical representada por el MLM. En algunos casos, las mujeres que formaron parte del movimiento procedían de estas disidencias al modelo de género imperante, mientras que, en otros, se politizaron como respuesta al desencanto que les producía el futuro que la sociedad había planificado para ellas.

En definitiva, lejos de la imagen de una "América" armoniosa, blanca y familiar que difundían los medios, a lo largo y ancho de todo el país se iba generando paulatinamente el caldo de cultivo para la explosión de las movilizaciones sociales que tendría lugar durante la década siguiente. En su objetivo de impugnar el modelo consumista e imperialista, la juventud embriagada por el espíritu sesentayochista de libertad e igualdad rechazaría frontalmente este modelo de familia y estos roles de género que relegaban a las mujeres a un papel pasivo y secundario en el funcionamiento de la sociedad.

16. Executive Order 10980 Establishing the President's Commission on the Status of Women. / "Status of American Women. NBC radio program features President Kennedy, Eleanor Roosevelt, Senator Neuberger, and many others speaking about the recently released report by the President's Commission on the Status of Women (PCSW)". Escrito y producido por James Cleveland. Side 1. October 15, November 18, 1963. Harvard Library Recordings Collection. Disponible en: <http://nrs.harvard.edu/urn-3:RAD.SCHL:10886758>

BIBLIOGRAFÍA

ARESTI, Nerea (2001). *Médicos, donjuanes y mujeres modernas. Los ideales de feminidad y masculinidad en el primer tercio del siglo XX*. Bilbao, Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco.

BALDWIN, Faith (1963). "It's a shame more women don't take up writing" *Ladies' Home Journal*, julio-agosto (3).

BOCHICCHIO, Ana Laura (2020). "Maternidad republicana durante la Guerra Fría en Estados Unidos: amas de casa, anticomunismo y racismo." *Huellas de Estados Unidos. Estudios y debates desde América Latina* (18), 44-64.

- BONAPARTE, Margaret (2014). *Reexamining the 1950s American Housewife: How Ladies Home Journal challenged domestic expectations during the postwar period.* Tesis Doctoral. Disponible en: http://scholarship.claremont.edu/scripps_theses/368
- BRENNAN, Mary (2008). *Wives, Mothers and the Red Menace: Conservative Women and the Crusade against Communism.* Colorado, The University of Colorado Press.
- BROWNMILLER, Susan (1990). *In our time: Memoir of a Revolution,* Dial Press.
- CAMPBELL, Neil y KEAN, Alasdair (2012). *American Cultural Studies. An introduction to American Culture,* Nueva York, Routledge.
- CENARRO, Ángela (2017). "La Falange es un modo de ser (mujer): discursos e identidades de género en las publicaciones de la Sección Femenina (1938-1945)" *Historia y Política* (37), 91-120.
- COONTZ, Stephanie (2011). *A strange stirring. The Feminine Mystique and American women at the dawn of the 1960s,* Nueva York, Basic Books.
- CUSHMAN, Wilhela (1946). "News In" *Ladies' Home Journal*, (53/1), 30-31. Janice Bluestein Longone Culinary Archive.
- CYNTHIA, Harrison (1988). *On account of sex. The politics of women's issues. 1945-1968,* Berkeley, University of California Press.
- DE LA GUARDIA HERRERO, Carmen (2019). *La construcción del sueño americano (Estados Unidos, 1929-2018),* Madrid, Editorial Síntesis.
- ELDER Jr, Glen (1974). *Children of the Great Depression: Social Change in Life Experience,* Chicago, University of Chicago Press.
- EVANS, Sara (1997). *Born for Liberty. A History of Women in America,* Nueva York, Free Press, Paperbacks by Simon & Schuster.
- EVANS, Sara (1980). *Personal Politics. The roots of Women's Liberation in the civil rights movement & the New Left,* Nueva York, Vintage Books Edition.
- EXPÓSITO, Mercedes (2016). *De la gaçonne a la pin-up. Mujeres y hombres en el siglo XX,* Madrid, Cátedra.
- FANON, Frantz (1952). *Piel Negra, máscaras blancas.* París, Éditions du Seuil.
- FRIEDAN, Betty (1963). *The Feminine Mystique.* W.W. Norton.
- HOFFMAN, Alexander von (2000). "A study in contradictions: the origins and legacy of the Housing Act od 1949", *Housing Act Policy Debate* (11/2), 299-326.
- IIC, Melanie (2004). "Women in the Khrushchev Era: an Overview" en IIC, Melanie REID, Susan E. y ATTWOOD, Lynne (eds.). *Women in the Khrushchev Era,* Palgrave Macmillan, 5-28.
- KERBER, Linda (1976). "The Republican Mother: Women and Enlightenment -an American Perspective", *American Quarterly* (28/2), 187-205.
- KINSEY, Alfred y POMEROY, Wardell (1946). *Sex and the human male,* Nueva York, Pocket Books.
- KINSEY, Alfred y POMEROY, Wardell (1953). *Sex and the human female,* Nueva York, Pocket Books.
- KOEDT, Anne (1968). "The myth of the vaginal orgasm" en Redstockings (1970) *Notes from the Second Year,* 37-41. Women's Liberation Movement Print Culture (Digital Collection), Duke University.
- LANE, Estelle (1952). "The clothes you love and live in" *McCall's*, (79/1), 38-39.
- LEVIN, Phyllis Lee (1960). "Road from Sophocles to Spock is often a bumpy one" *The New York Times*, 28 de junio 1960, 24. The New York Times Archive. Disponible en: <https://www.nytimes.com/1960/06/28/archives/road-from-sophocles-to-spock-is-often-a-bumpy-one-former-coeds-find.html>

- LYNE, Mary, y TUTLE, Dorothy (1953). "The soviet attack on women's minds", *McCall's*, 44-45.
- MATTHEWS, Glenna (1987). *Just a Housewife: The Rise and Fall of Domesticity in America*. Nueva York, Oxford University Press.
- MEYEROWITZ, Joanne (1993). "Beyond the Feminine Mystique: a reassessment of Postwar Mass Culture, 1946-1958", *The Journal of American History*, 79, 1455-1482.
- ROSEN, Ruth (2000). *The world split open. How the Women's Movement changed America*, Nueva York, Penguin Books.
- SEXTON, Linda Gray y AMES, Lois (1977). *Anne Sexton, a self portrait in letters*, Boston, Houghton Mifflin.
- STRECKER, Edward A. (1946). "What's Wrong with American Mothers?" *Saturday Evening Post* (24 Octubre 1946), 14.
- TYLER MAY, Elaine (2017). *Homeward bound: American Families in the Cold War Era*, Nueva York, Basic Books.
- VAN DE VELDE, Theodor H. (1926). *Ideal Marriage: Its physiology and technique*, Londres.
- WYLIE, Philip (1942). *Generation of Vipers*, Nueva York.
- YUSTA, Mercedes (2012). "Construyendo el género más allá de la nación: dimensión nacional e internacional de la movilización de las mujeres antifascistas (1934-1950)", *Mélanges de la Casa de Velázquez* (42:2), 105-123.

Fuentes documentales

- Harvard Library Recordings Collection.
- Janice Bluestein Longone Culinary Archive.
- Kelly Longitudinal Study en Tyler May, Elaine (2017) *Homeward bound: American Families in the Cold War Era*, Nueva York, Basic Books, 231-250.
- Ladies' Home Journal*, Women's Periodicals, Janice Bluestein Longone Culinary Archive.
- McCall's*, Pulp Magazine Archive.
- Records of the U.S. Information Agency. Catalog of the U.S. National Archives.
- Richard Nixon Foundation Collection of Audiovisual Materials. Catalog of the U.S. National Archives.
- Saturday Evening Post*, Saturday Evening Post Archives. <https://www.saturdayeveningpost.com/category/archives>
- Schlesinger Library on the History of Women in America. Radcliffe Institute, Harvard University. Cambridge.
- The New York Times*, The New York Times Archive. <https://archive.nytimes.com/www.nytimes.com/ref/membercenter/nytarchive.html>
- U.S. News and World Report*, The Internet Archive.
- Women's Liberation Movement Print Culture (Digital Collection), Duke University.